

misas muy blancas con «golas» de encaje, ribeteadas de trencilla negra, bajo las cuales escondían parte de sus rosarios y gargantillas de bombillas de vidrio con color de ópalo. Las trenzas de sus cabellos, gruesas y de color de azabache, les jugaban sobre sus espaldas, al más leve movimiento de los pies desnudos, cuidados y ligeros. Me hablaban con suma timidez, y fué su padre quien, notando eso, las animó diciéndolas: «Acaso no es el mismo niño Efrain, porque venga del colegio sabido y ya mozo?» Entonces se hicieron más joviales y risueñas: nos enlazaban amistosamente los recuerdos de los juegos infantiles, poderosos en la imaginación de los poetas y de las mujeres. Con la vejez, la fisonomía de José había ganado mucho: aunque no se dejaba la barba, su faz tenía algo de bíblico, como casi todas las de los ancianos de buenas costumbres del país donde nació: una cabellera cana y abundante le sombreaba la tostada y ancha frente, y sus sonrisas revelaban tranquilidad del alma. Luisa, su mujer, más feliz que él en la lucha con los años, conservaba en el vestir algo de la manera antioqueña, y su jovialidad y alegría dejaban comprender siempre que estaba contenta con su suerte.

José me condujo al río y me habló de sus siembras y cacerías, mientras yo me sumergía en el remanso diáfano desde el cual se lanzaban las aguas formando una pequeña cascada. A nuestro regreso encontramos servido en la única mesa de la casa el provocativo almuerzo. Campeaba el maíz por todas partes, en la sopa de mote, servida en platos de loza vidriada y en doradas arepas esparcidas sobre el mantel. El único cubierto del menaje estaba cruzado sobre mi plato blanco y orillado de azul.

Mayo se sentó a mis pies con mirada atenta, pero más humilde que de costumbre. José recordaba una atarraya, mientras sus hijas, listas, pero vergonzosas, me servían llenas de cuidado, tratando de adivinarme en los ojos lo que podía faltarme. Mucho se habían embellecido, y de ni-

ñas loquillas que eran, se habían hecho mujeres juiciosas.

Apurado el vaso de espesa y espumosa leche, postre de aquel almuerzo patriarcal, José y yo salimos a recorrer el huerto y la roza (1) que estaba cogiendo. El quedó admirado de mis conocimientos teóricos sobre las siembras, y volvimos a la casa una hora después para despedirme yo de las muchachas y de la madre. Púsele al buen viejo en la cintura el cuchillo de monte que le había traído del «reino» (2), al cuello de Tránsito y Lucía bonitos rosarios, y en manos de Luisa un relicario que ella había encargado a mi madre. Tomé la vuelta de la montaña cuando era medio día por fin, según el examen que del sol hizo José.



A mi regreso, que hice lentamente, la imagen de María volvió a asirse a mi memoria. Aquellas soledades, sus bosques silenciosos, sus flores, sus aves y sus aguas. ¿Por qué me hablan de ella? ¿Qué había allí de María en las sombras húmedas, en la brisa que movía los follajes, en el rumor del río?... Era que veía el Edén, pero faltaba ella: era que no podía dejar de amarla, aunque no me amase. Y aspiraba el perfume del ramo de azucenas silvestres que las hijas de José habían formado para mí, pensando yo que acaso merecían ser tocadas por los labios de María, así se habían debilitado en tan pocas horas mis propósitos heroicos de la noche.

Apenas llegué a casa, me dirigí al costurero de mi madre: María, después de contestarme al saludo, bajó los ojos sobre la costura. Mi madre se

(1) Llámase así en el país al lugar que se roza, la plantación que en él se hace, y la cosecha.

(2) Cundinamarca.

manifestó regocijada por mi vuelta, pues alarmados en casa con la demora, habían enviado a buscarme en aquel momento. Hablaba con ellas ponderando los progresos de José, y Mayo quitaba con la lengua a mis vestidos los codillos que se habían prendido en las malezas.

Levantó María otra vez los ojos, fijándolos en el ramo de azucenas que tenía yo en la mano izquierda mientras que me apoyaba con la derecha en la escopeta; creí comprender que las deseaba, pero un temor indefinible, cierto respeto a mi madre y a mis propósitos de por la noche, me impidieron ofrecérselas. Mas me deleitaba imaginando cuán bella quedaría una de mis pequeñas azucenas sobre sus cabellos de color castaño luciente. Para ella debían ser, porque había recogido durante la mañana azahares y violetas para el florero de mi mesa. Cuando entré en mi cuarto no vi una sola flor allí. Si hubiese encontrada enrollada sobre la mesa una víbora, no hubiera sentido la emoción que me ocasionó la ausencia de las flores; su fragancia había llegado a ser algo del espíritu de María que vagaba a mi alrededor en las horas de estudio, que se mecía en las cortinas de mi lecho durante la noche... ¡Ah! ¿Conque era verdad que no me amaba? ¿Conque había podido engañarme tanto mi imaginación visionaria! Y de ese ramo que había traído para ella, ¿qué podía hacer? Si otra mujer, bella y seductora, hubiese estado allí en aquel momento, en aquel instante de resentimiento contra mi orgullo, de resentimiento con María, lo hubiera dado a condición de que lo mostrase a todos y se embelleciera con él. Lo llevé a mis labios como para despedirme por última vez de una ilusión querida, y lo arrojé por la ventana.

## XI

Hice esfuerzos para mostrarme jovial durante el resto del día. En la comida hablé con entu-

siasmo de las mujeres hermosas de Bogotá, y ponderé intencionadamente las gracias y el ingenio de P\*\*\*. Mi padre se complacía oyéndome; Eloisa habría querido que la sobremesa durase hasta la noche. María estuvo callada, pero me pareció que sus mejillas palidecían algunas veces y que su primitivo color no había vuelto a ellas, así como el de las rosas que durante la noche han engalanado un festín.

Hacia la última parte de la conversación, María había fingido jugar con la cabellera de Juan hermano mío, de tres años de edad y a quien ella mimaba. Soportó hasta el fin, mas tan luego como se puso en pie, se dirigió ella con el niño al jardín. Todo el resto de la tarde y al comenzar la noche, fué necesario ayudar a mi padre en sus trabajos de escritorio. A las ocho, y luego que las mujeres habían ya rezado sus oraciones de costumbre, nos llamaron al comedor. Al sentarnos a la mesa, quedé sorprendido viendo una de las azucenas en la cabeza de María. Había en su rostro bellísimo tal aire de noble, inocente y dulce resignación, que, como magnetizado por algo desconocido hasta entonces para mí, no me era posible dejar de mirarla.

Niña cariñosa y risueña, mujer tan pura y seductora como aquellas con quienes yo había soñado, así la conocía; pero resignada ante mi desdén, era nueva para mí. Divinizada por la resignación, me sentía indigno de fijar mi mirada sobre su frente. Respondí mal a unas preguntas que se me hicieron sobre José y su familia. A mi padre no se le podía ocultar mi agitación, y dirigiéndose a María, le dijo sonriendo:

—Hermosa azucena tienes en los cabellos; yo no he visto de esas en el jardín.

María, tratando de disimular su desconcierto, respondió con voz casi imperceptible:

—Es que de estas azucenas sólo hay en la montaña.

Sorprendí en aquel momento una sonrisa bondadosa en los labios de Emma.

—¿Y quién las ha enviado?—preguntó mi padre. El desconcierto de María era notable. Yo la miraba; y ella debió de hallar algo nuevo y animador en mis ojos, pues respondió con acento más firme:

—Efrain cortó unas al huerto, y nos pareció que siendo tan raras era lástima que se perdiesen; esta es una de ellas.

—María—le dije yo,—si hubiese sabido que eran tan estimables esas flores, las habría guardado para vosotras; pero me han parecido menos bellas que las que se ponen diariamente en el florero de mi mesa.

Comprendió la causa de mi resentimiento, y me lo dijo tan claramente una mirada suya, que temí que se oyeran las palpitaciones de mi corazón. Aquella noche, a la hora de retirarse la familia del salón, María estaba casualmente sentada cerca de mí. Después de haber vacilado mucho, le dije al fin con voz que denunciaba mi emoción: «María, eran para tí; pero no encontré las tuyas».

Ella balbucea alguna disculpa, cuando tropezando en el sofá mi mano con la suya, se la retuve por un movimiento ajeno a mi voluntad. Dejó de hablar. Sus ojos me miraron asombrados y huyeron de los míos.

Pasóse por la frente con angustia la mano que tenía libre, y apoyó en ella la cabeza, hundiendo el brazo desnudo en el almohadón inmediato. Haciendo al fin un esfuerzo para deshacer ese doble lazo de la materia y del alma que en tal momento nos unía, púsose en pie; y como concluyendo una reflexión empezada, me dijo tan quedo que apenas pude oírle: «Entonces, yo recogeré todos los días las flores más lindas»; y desapareció. Las almas como la de María ignoran el lenguaje mundano del amor; pero se doblegan estremeciéndose a la primera caricia de aquel a quien aman, como la adormidera de los bosques bajo el ala de los vientos. Acababa de confesar mi amor a María; ella me había animado a confesárselo humillándose como una esclava a recoger aquellas flores. Me

repetí con deleite sus últimas palabras; su voz susurraba aún en mi oído: «entonces, yo recogeré todos los días las flores más lindas».

## XII

La luna, que acababa de elevarse llena y grande bajo un cielo profundo sobre los montes enlutados, iluminaba las faldas de las montañas, blanqueadas a trechos por las copas de los yarumos, argentando las espumas de los torrentes y difundiendo su claridad melancólica hasta el fondo del valle. Las plantas exhalaban sus más suaves y misteriosos aromas. Este silencio, interrumpido solamente por el bramido del río, era más grato que nunca a mi alma.

Apoyado de codos sobre el marco de mi ventana, me imaginaba verla en medio de los rosales entre los cuales la había sorprendido en aquella mañana primera; estaba allí recogiendo el ramo de azucenas sacrificando su orgullo a su amor. Era yo quien iba a turbar en adelante el sueño infantil de su corazón: podría yo hablarla de mi amor, hacerla el objeto de mi vida. Mañana—¡mágica palabra la noche en que se nos dice que somos amados!—sus miradas al encontrarse con las mías, no tendrían ya nada que ocultarme; ella se embellecería para felicidad y orgullo mío.

Nunca las auroras de julio en la Cauca fueron tan bellas como estaba María cuando se me presentó al día siguiente, momentos después de salir del baño, la cabellera de carey sombreado suelta a medio rizar, las mejillas tintas de color de rosa suavemente desvanecido, pero en algunos momentos avivado por el rubor; y jugando en sus labios cariñosos aquella sonrisa castísima que revela en las mujeres como María una felicidad que no les es posible ocultar. Sus miradas, ya más dulces, mostraban que su sueño no era tan apacible como solía. Al acercarme noté en su frente

una contracción graciosa y apenas perceptible, especie de fingida severidad que usó muchas veces para conmigo cuando después de deslumbrarme con toda la luz de su belleza, imponía silencio a mis labios, próximos a repetir lo que ella tanto sabía.

Era ya para mí una necesidad tenerla constantemente a mi lado, no perder un solo instante de su existencia abandonada a mi amor; y dicho con lo que poseía y ávido de dicha, traté de hacer un paraíso de la casa paterna. Hablé a María y a mi hermana del deseo que habían manifestado de hacer algunos estudios elementales bajo mi dirección; ellas volvieron a entusiasmarse con el proyecto y se decidió que desde aquel mismo día se daría principio. Convirtieron uno de los ángulos del salón en gabinete de estudio; desclavaron algunos mapas de mi cuarto; despolvaron el globo geográfico que en el escritorio de mi padre había permanecido hasta entonces ignorado; fueron despejadas de adorno dos consolas para hacer de ellas mesas de estudio. Sonreía mi madre al presenciar todo aquel desarreglo que nuestro proyecto aparejaba.

Nos reuníamos todos los días dos horas durante las cuales les explicaba yo algún capítulo de geografía, leíamos algo de historia natural, y a veces páginas del «Genio del cristianismo». Entonces pude apreciar el talento de María: mis frases quedaban grabadas indeleblemente en su memoria, y su comprensión se adelantaba casi siempre con triunfo infantil a mis explicaciones.

Emma había sorprendido el secreto, y se complacía en nuestra inocente felicidad. ¿Cómo ocultarle yo en aquellas frecuentes conferencias lo que en mi corazón pasaba? Ella debió de observar mi mirada inmóvil sobre el rostro hechicero de su compañera mientras daba ésta la explicación de nuestras lecturas. Había visto Emma temblarle la mano a María si la mía la colocaba en algún punto buscando inútilmente en el mapa. Y cuantas veces, sentado cerca de la mesa, ellas en pié

a uno y otro lado de mi asiento, se inclinaba María para ver mejor algo que estaba en mi libro o en mis mapas, y su aliento, rozando mis cabellos, sus trenzas, al rodar de mis hombros, turbaron mis explicaciones, siempre Emma pudo verla incorporarse pudorosa.

En ocasiones, quehaceres domésticos llamaban la atención de mis discípulas, y mi hermana tomaba a su cargo ir a desempeñarlos para volver un rato después a reunírsenos. Entonces mi corazón palpitaba fuertemente. María, con la frente infantilmente grave y los labios casi risueños, abandonaba a las más alguna de sus manos aristocráticas sembradas de hoyuelos, hechas para oprimir frentes como la de Byron; y su acento, sin dejar de tener aquella música que le era peculiar, se hacía lento y profundo al pronunciar palabras suavemente articuladas que en vano probaría yo a recordar hoy, porque no he vuelto a oírlas, porque pronunciadas por otros labios no son las mismas, y escritas en estas páginas parecerían sin sentido. Pertenecen a otro idioma, del cual hace años no viene a mi memoria ni una sola frase.

### XIII

Las páginas de Chateaubriand iban lentamente vigorizando la imaginación de María. Ella, tan cristiana y tan llena de fe, se regocijaba al encontrar bellezas presentidas en el culto católico. Su alma tomaba de la paleta que yo le ofrecía los más preciosos colores para hermosarlo todo; y el fuego poético, don del cielo, que hace admirables a los hombres que lo poseen y diviniza a las mujeres que a su pesar lo revelan, daba a su semblante encantos desconocidos para mí hasta entonces en el rostro humano. Los pensamientos del poeta, acogidos en el alma de aquella mujer tan seductora, en medio de su inocencia, volvían a mí como

eco de una armonía lejana y conocida cuyas notas apagan la distancia y se pierden en la soledad.

Una tarde, tarde como las de mi país, engalanada con nubes de color de violeta y lampos de oro pálido, bella como María, bella y transitoria como fué ésta para mí; ella, mi hermana y yo sentados sobre la ancha piedra de la pendiente desde donde veíamos a la derecha en la honda vega rodar las corrientes bulliciosas del río, y teniendo a nuestros pies el valle majestuoso y calado, leía yo el episodio de Atala, y las dos jóvenes, admirables en su inmovilidad y abandono, oían brotar de mis labios toda aquella melancolía aglomerada por el poeta para «hacer llorar el mundo». Mi hermana, apoyado el brazo derecho en uno de mis hombros, la cabeza casi unida a la mía, seguía con los ojos las líneas que yo iba leyendo. María, medio arrodillada cerca de mí, no separaba sus miradas de mi rostro.

El sol se había ocultado cuando con voz alterada leí las últimas páginas del poema. La mejilla pálida de Emma descansaba sobre mi hombro. María se ocultaba el rostro con entrambas manos. Luego que leí aquella desgarradora despedida que tantas veces ha arrancado un sollozo a mi pecho: «¡Duerme en paz en extranjera tierra, hija desventurada! En recompensa de tu amor, de tus sacrificios y de tu muerte, quedas abandonada hasta del mismo Chactas», María dejando de oír mi voz, se descubrió la faz, y por ella rodaban gruesas lágrimas. Era tan bella como la creación del poeta, y yo la amaba con el amor que él imaginó. Nos dirigíamos en silencio y lentamente hacia casa. ¡Ay! mi alma y la de María no sólo estaban conmovidas por aquella lectura, estaban abrumadas por el presentimiento.

## XIV

Pasados tres días, una tarde que bajaba yo de la montaña, me pareció notar alguna alarma en los semblantes de los criados con quienes tropecé en los corredores interiores. Mi hermana me refirió luego que María había sufrido un ataque nervioso; y al agregar que estaba aún sin sentido, procuró calmar cuanto le fué posible mi dolorosa ansiedad.

Olvidado de toda precaución, entré a la alcoba donde estaba María y dominando el frenesí que me hubiera hecho estrecharla contra mi corazón para volverla la vida, me acerqué desconcertado a su lecho. A los pies de éste se hallaba mi padre: fijó en mí una de sus miradas intensas, y volviéndola después sobre María parecía quererme hacer una reconvencción al mostrármela. Mi madre estaba allí; pero no levantó la vista para buscarme, porque, sabedora de mi amor, me compadecía, como sabe compadecer una buena madre en la mujer amada por su hijo, a su hijo mismo.

Permanecí inmóvil contemplando a María, sin atreverme a averiguar cuál era su mal. Estaba como dormida: su rostro cubierto de una palidez mortal, se veía medio oculto por la cabellera descompuesta, en la cual se descubrían estrujadas las flores que yo le había dado por la mañana: la frente contraída revelaba un sufrimiento insupportable, y un ligero sudor le humedecía las sienes: de los ojos cerrados habían tratado de brotar lágrimas que brillaban detenidas en las pestañas.

Comprendiendo mi padre todo mi sufrimiento, se puso en pie para retirarse; mas antes de salir, se acercó al lecho, y tomando el pulso a María, dijo:

—Todo ha pasado, ¡pobre niña! es exactamente el mismo mal que sufría su madre.

El pecho de María se elevó como para formar un sollozo; pero al volver a su natural estado, exhaló sólo un suspiro. Salido que hubo mi padre, coloquéme a la cabecera del lecho, y olvidado de mi madre y de Emma, que permanecían silenciosas, tomé de sobre el almohadón una de las manos de María, y la bañé en el torrente de mis lágrimas hasta entonces contenido. Había yo medido toda mi desgracia: era el mismo mal de su madre; y su madre había muerto muy joven atacada de una epilepsia incurable. Esta idea se apoderó de todo mi sér para quebrantarlo.

Sentí algún movimiento en su mano yerta, a la que mi aliento no podía volver el calor. María empezaba ya a respirar con más libertad, y sus labios parecían esforzarse en pronunciar alguna palabra. Movié la cabeza cual si tratara de deshacerse de un peso abrumador. Pasado un momento de reposo exhaló palabras ininteligibles, pero al fin se percibió entre ellas claramente mi nombre. En pie yo, devorándola mis miradas, tal vez oprimí demasiado entre mis manos las suyas, quizá mis labios la llamaron. Abrió lentamente los ojos como heridos por una luz intensa y los fijó en mí haciendo un esfuerzo para reconocermé. Medio incorporándose un instante después: «¿Qué es?» me dijo apartándose. «¿Qué me ha sucedido?» continuó dirigiéndose a mi madre. Tratamos de tranquilizarla, y con un acento en que había algo de reconvencción que por entonces no pude explicarme, agregó: «¿Ya ves? yo lo temía».

Quedó después del acceso adolorida y profundamente triste. Volví por la noche a verla, cuando la etiqueta establecida en tales casos por mi padre lo permitió. Al despedirme de ella, reteníendome un instante la mano: «Hasta mañana» me dijo, y acentuó esta última palabra como solía hacerlo siempre que interrumpida nuestra conversación en alguna velada, quedaba aguardando el día siguiente para que la concluyésemos.

XV.

Cuando salí al corredor que conducía a mi cuarto, un cierzo impetuoso columpiaba los sauces del patio; y al acercarme al huerto, le oí rasgarse en los sótanos de naranjos, de donde se lanzaban aves asustadas. Relámpagos débiles, semejantes al reflejo instantáneo de un broquel herido por el resplandor de una hoguera, parecían querer iluminar el fondo tenebroso del valle.

Recostado en una de las columnas del corredor, sin sentir la lluvia que me azotaba mis sienas, pensaba en la enfermedad de María sobre la cual había pronunciado mi padre tan terribles palabras. ¡Mis ojos querían volver a verla, como en las noches silenciosas y serenas que acaso no volverían ya más! No sé qué tiempo había pasado, cuando algo como el ala vibrante de un ave vino a rozar mi frente. Miré hacia los bosques inmediatos para seguirla: era un ave negra.

Mi cuarto estaba frío; las rosas de mi ventana temblaban, como si temiesen quedar abandonadas y en el florero de sobre la mesa estaban también ya marchitos y desmayados los lirios que en la mañana había colocado en él María. En esto una ráfaga de viento apagó la lámpara; y un trueno dejó oír por largo rato su creciente retumbo, como si fuese un carro gigante despeñado de las cumbres rocosas de las sierras. En medio de aquella naturaleza sollozante, mi alma tenía una triste serenidad. Acababa de dar las doce el reloj del salón. Sentí pasos cerca de mi puerta y muy luego la voz de mi padre que me llamaba: «Levántate», me dijo tan pronto como le respondí. «María sigue mal».

El acceso había repetido. Después de un cuarto de hora estaba yo apercebido para marchar. Mi padre me hacía las últimas indicaciones sobre los nuevos síntomas de la enfermedad, mientras el

negrito Juan Angel aquietaba mi caballo retinto, impaciente y asustadizo. Monté: sus cascos herrados cruzieron sobre el empedrado, y un instante después bajaba yo hacia las llanuras del valle buscando el sendero a la luz de algunos relámpagos lívidos. Iba en busca del doctor Mayn, que pasaba a la sazón una temporada de campo a tres leguas de nuestra hacienda.

La imagen de María, tal como la había visto en el lecho aquella tarde, al decirme aquel «hasta mañana», que tal vez no llegaría, iba conmigo, avivando mi impaciencia; me hacía medir incessantemente la distancia que la velocidad del caballo no alcanzaba a moderar.

Las llanuras empezaban a desaparecer, huyendo en sentido contrario a mi carrera, semejantes a mantos inmensos arrollados por el huracán. Los bosques que más cercanos creía, parecían alejarse cuanto más avanzaba hacia ellos. Sólo algún gemido del viento entre los higuerones y chiminangos sombríos, sólo el resuello fatigoso del caballo y el choque de sus cascos en los pederuales que chispeaban, interrumpían el silencio de la noche. Algunas cabafias de Santa Elena quedaron a mi derecha, y poco después dejé de oír los ladridos de sus perros. Vacadas dormidas sobre el camino empezaban a hacerme moderar el paso. La hermosa casa de los señores de M\*\*\* con su capilla blanca y sus bosques de ceibas, se divisaba a lo lejos a los primeros rayos de la luna naciente, cual castillo cuyas torres y techumbres hubiese desmoronado el tiempo.

El Amaimé bajaba crecido con las lluvias de la noche, y su estruendo me lo anunció mucho antes de que llegase a la orilla. A la luz de la luna, que atravesando los follajes de las riberas iba a platear las ondas, pude ver cuánto había aumentado su caudal. Pero no era posible esperar: había hecho dos leguas en una hora, y aun era poco. Puse las espuelas en los ijares del caballo, que con las orejas tendidas hacia el fondo del río y resoplando sordamente, parecía calcular la im-

tuosidad de las aguas que se azotaban a sus pies: sumergió en ellas las manos; pero, como sobrecogido de un terror invencible, retrocedió veloz girando sobre las patas. Le acaricié las crines humedecidas y el cuello aterciopelado y le aguijoneé de nuevo para que se lanzase al río; entonces levantó las manos impacientado pidiendo al mismo tiempo toda la rienda, la que le abandoné, temeroso de haber cerrado el botadero (1) de las crecientes. Subió por la ribera unas veinte varas, tomando la ladera de un peñasco; acercó la nariz a las espumas, y levantándola en seguida, se precipitó en la corriente. El agua lo cubrió casi todo, llegándome hasta las rodillas. Las olas se encrespaban poco después alrededor de mi cintura. Con una mano palmeaba el cuello al animal, única parte visible ya de su cuerpo, mientras con la otra trataba de hacerle describir más curva hacia arriba la línea de corte, porque de otro modo, perdida la parte baja de la ladera, era inaccesible por su altura y por la fuerza de las aguas, que columpiaban los guadales desgajados. Había pasado el peligro. Me apeé para examinar las cinchas, de las cuales se había reventado una. El noble bruto se sacudió, y un instante después continué la marcha.

Luego que anduve un cuarto de legua, atravesé las ondas del Nima, humildes, diáfanas y tersas, que rodaban iluminadas hasta perderse en las sombras de los bosques silenciosos. Dejé a la izquierda la pampa de Santa\*\*\*, cuya casa, en medio de arboledas de ceibas, bajo el grupo de palmeras que elevan los follajes sobre su techo, semeja en las noches de luna la tienda de un rey oriental colgada de los árboles de un oasis. Eran las dos de la madrugada cuando después de atravesar la villa de P\*\*\* me desmonté a la puerta de la casa donde vivía el médico.

(1) Lugar donde se toma el vado